

# Esbozos clínicos para una autonomía deseante

*Gibrán Larrauri Olguín\**

## *Resumen*

El presente texto reflexiona sobre la particularidad de la clínica psicoanalítica que se desprende de las elaboraciones de Jacques Lacan y sus continuadores. Asimismo, en detrimento de abordar una concepción biologicista del psiquismo, la cual reduce la subjetividad a la irresponsabilidad y la no-acción, el artículo aborda la dimensión ética como factor de autonomía subjetiva, en específico, se discute la ética del deseo. Si esto es así, es en cuanto que el deseo es comúnmente reprimido por la mayoría de las posturas terapéuticas ya que centran su incidencia en los poderes del Yo, forcluyendo así la constancia de lo real y, con ello, la gestación del accionar autónomo.

*Palabras clave:* psicoanálisis, real, Yo, deseo, ética.

## *Abstract*

The text reflexes about the particularity of the psychoanalytic clinic born with the works of Jacques Lacan and his followers. In order to do that, instead of talk about the biologist dimension of the psychological reality, the article takes as a central conception the ethic side of the subjectivity, in specific, it discusses the ethics of the desire. This theoretical movement response to the fact that the desire has been object of repression by most of the therapeutic postures,

\* Profesor-investigador del Departamento de Comunicación y del Departamento de Educación de la Universidad Iberoamericana, campus Ciudad de México; <larrauriol@yahoo.com.mx>.

because they focus their incidence in the powers of the ego, foreclosing in that way the existence of the real and the possibility of an autonomous act.

*Key words:* psychoanalysis, real, Ego, desire, ethics.

Huddled in the safety of a pseudo silk kimono  
wearing bracelets of smoke,  
naked of understanding

Nicotine smears, long, long dried tears,  
invisible tears  
safe in my own words,  
learning from my own words  
cruel joke, cruel joke

Huddled in the safety of a pseudo silk kimono  
a morning mare rides,  
in the starless shutters of my eyes

The spirit of a misplaced childhood  
is rising to speak his mind  
to this orphan of heartbreak,  
disillusioned and scarred

A refugee, refugee  
DERECK DICK, *FISH*<sup>1</sup>

<sup>1</sup> “Acurrucado en la seguridad de un kimono imitación de seda/ arropado con brazaletes de humo/ desnudo de comprensión./ Manchas de nicotina, largas, largas lágrimas secas/ lágrimas invisibles/ a salvo en mis propias palabras/ aprendiendo de mis propias palabras/ broma cruel, broma cruel./ Acurrucado en la seguridad de un kimono imitación de seda/ una yegua mañanera cabalga/ en las persianas sin estrellas de mis ojos./ El espíritu de una infancia perdida/ se levanta para hablar su memoria/ a este huérfano de corazón roto/ desilusionado y asustado/ Un refugio, refugio”. Letra de la canción “Pseudo Silk Kimono”, aparecida en el álbum *Misplaced Childhood* de Marillion (1985). Todas las traducciones aparecidas en el presente texto corresponden a mi autoría.

La clínica psicoanalítica es la única, dentro del hoy tan extenso campo de las terapéuticas, que está expresamente enfocada a circunscribir lo real. La finalidad de tal circunscripción es gestar un florecimiento inédito subjetivo. En palabras de Lacan: “Ninguna praxis más que el psicoanálisis está orientada hacia aquello que, en el corazón de la experiencia, es el nudo de lo real” (Lacan, 1973:63).<sup>2</sup> Es decir, no se trata sólo, para la clínica psicoanalítica, de tomar en cuenta lo real, de estar al tanto de la irrupción de un imposible ante el cual lo simbólico desfallece, sino de *orientarse* hacia su nudo, que es concebido como aquello que, en gran parte, determina en su esencia la gestación de las diversas formaciones sintomatológicas. Así lo transmite Lacan mismo en la conferencia de prensa dada en Roma el 29 de octubre de 1974, y que ha sido establecida con el título de “El triunfo de la religión”. Lacan dice allí:

esta es la diferencia entre lo que anda y lo que no anda: lo que anda es el mundo, y *lo real es lo que no anda*. El mundo marcha, gira en redondo, es su función de mundo. Para percibir que no hay mundo, a saber, que hay cosas que sólo los imbéciles creen que están en el mundo, basta destacar que hay cosas que hacen que el mundo sea inmundo [...] *De esto se ocupan los analistas, de manera que, contrariamente a lo que se cree, se confrontan más con lo real que los científicos. Sólo se ocupan de eso. Están forzados a sufrirlo, es decir, a poner el pecho todo el tiempo* (2006:76, cursivas mías).

Más adelante, el parisino agrega, en relación con el síntoma, que éste es “la manifestación de lo real en nuestro nivel de seres vivos” (Lacan, 2006:92). En otros términos, para el psicoanálisis, lo real, entendido aquí como saldo de la castración o la falta de objeto del deseo, es la causa de fondo de todo malestar, de todo síntoma, más allá de los motivos en los que se canaliza esa falta estructural. De aquí que el psicoanálisis se ocupe de la subjetividad y no de la personalidad. La primera sería ante todo una dimensión estructural de la psique, mientras que la segunda es lo que podríamos llamar lo

<sup>2</sup> “Acune praxis plus que l’analyse n’est orientée vers ce qui, au coeur de l’expérience, est le noyau du réel.”

conductual, dimensión fenomenológica o manifiesta de la misma psique. En este sentido, el psicoanálisis representa una ruptura en el campo de la literalidad del discurso, y es por ello que no debería ser puesto en el almanaque de las psicologías y tampoco en el de la psiquiatría que, en esencia, basa sus abordajes en lo orgánico. Todo el armazón de la metapsicología freudiana va en ese sentido. Se trata allí de una “psicología de las profundidades” que pretende ir más allá de los límites convencionales de la psicología. Por lo tanto, se devela que el psicoanálisis, la doctrina que puede adjudicarse tal nombre, no considera que la psique es un órgano, sino una estructura forjada por el lenguaje, por lo imaginario y por su imposibilidad de solidez o funcionamiento óptimo, o sea, por la existencia en el centro de la red simbólico-imaginaria de lo real. Esto es así puesto que “Si uno considera lo mental como un órgano específico, se desarrolla y así sucede en efecto en la ciencia contemporánea, la perspectiva de reducir toda psicopatología a la ciencia del cerebro”, o sea: “reducir toda psicopatología a la bioquímica del cerebro”. Por lo tanto, la clínica psicoanalítica “es aquella que tiene como base al sujeto como falta en ser” (Miller, 2006:64, 79). Dicha falta en ser es anclada por la falta de goce o por lo que también puede ser entendido como la ausencia de un significante para significar el existir. Y es por esto que “Desenmascarar lo real es el trabajo del psicoanalista” (Leclaire, 1971:11).<sup>3</sup>

El psicoanálisis lejos de centrarse en el Yo del sujeto, como ocurre con la totalidad de abordajes del psiquismo, más bien pretende hacer evidentes todas las máscaras que desde allí se elucubran para ocultar la verdad del deseo inconsciente. Entonces, si bien el psicoanálisis tiene como premisa ética poner el acento en lo real, tiene como objetivo terapéutico que, a partir de ese careo con lo real, surja en el sujeto la dimensión del deseo singular que constituye su radical diferencia con todo semejante. No se trata pues de asentar al Yo dado que eso conlleva a un desconocimiento de los factores que determinan la construcción de ese mismo Yo y que, las más de las veces, se interponen a lo que el sujeto desea. Si el psicoanálisis se orienta hacia

<sup>3</sup> “Dénasquer le réel est le travail du psychanalyste.”

lo real, es porque el deseo que determina al sujeto, al igual que lo real mismo, carece de una conceptualización o formulación precisa o establecida de antemano a la espera de una labor hermenéutica que lo esclarezca. El Yo siempre tiene la encomienda de encubrir esa ausencia de seguridades para el sujeto en tanto deseante, es decir, por lo común tiende a ejercer sobre ese deseo la censura.

De esta forma se comprende por qué Lacan, en su segundo seminario que lleva por título original *El yo en la teoría de Freud y en la técnica del psicoanálisis*, algún día sentenció que “con lo que debemos vérnosla es con un sujeto que está ahí, que es verdaderamente deseante, y el deseo en cuestión es previo a cualquier especie de conceptualización: toda conceptualización sale de él” (1983:337). En efecto, se reitera que el psicoanálisis cuestiona las certezas que provienen del Yo; baste aquí recordar que, a partir de su excomunió de la Internacional de Psicoanálisis, Lacan se lanza hacia un descrédito (por momentos burdo y francamente grosero) dirigido contra toda una corriente, en especial estadounidense, que desarrolla un psicoanálisis centrado en los poderes del Yo.<sup>4</sup> Lacan señala que las certezas yóicas han sido construidas con base en una serie de identificaciones que, de entrada, no le pertenecen al sujeto, pero que éste adopta para después mantener la ilusión de que son una producción autónoma, con lo cual toda teorización del inconsciente y, por ende, del deseo se palpa como imposible, lo que en estricto sentido hace que esa perspectiva psicoanalítica sustentada en el Yo no sea más que una versión dinámica del conductismo, mas no psicoanálisis. En otras palabras, si bien resulta innegable que el Yo funciona como una instancia que permite vivir, integrar el mundo, también es una instancia que de repetidas identificaciones aliena la posibilidad de una construcción singular del vivir. De esta forma, si “El análisis consiste en hacerle tomar conciencia [al sujeto] de sus relaciones, no con el yo del analista, sino con todos

<sup>4</sup> El punto raigal de la crítica vehemente que sobre la postulación del Yo como el centro del psiquismo hace Lacan, está en que para él los sujetos en su mayoría suelen creer que son amos de sus decisiones cuando más bien son esclavos, es decir: “encuentran en un lenguaje de misión universal el sostén de su servidumbre con las ligas de su ambigüedad”. Lo cual reduce al sujeto a la categoría de la máquina animal (Lacan, 2005b:282).

esos Otros que son sus verdaderos garantes, y que no ha reconocido” (1983:370), es porque esas relaciones en repetidas ocasiones han tenido el efecto de que el sujeto reprime o deniega lo que su deseo le invita a sostener, lo cual lo carga de una culpabilidad que a su vez se transforma en síntoma, pues recordemos que “El síntoma *es* una metáfora queramos o no decírnoslo”; el síntoma es metáfora de aquello no simbolizado que reaparece en el sufrimiento y que obtura en algún sentido al deseo (Lacan, 2005a:508).

Sin embargo, más allá de que a nivel teórico se pueda afirmar que lo que el sujeto tiene como premisa en un psicoanálisis es hacerse cargo de su deseo, el sujeto por lo común de lo que menos quiere saber es del deseo mismo, y en cambio lo que demanda al analista no es otra cosa que alivio, o sea, felicidad. “Lo que se nos demanda debemos llamarlo con una palabra simple, es la felicidad. Nada nuevo les traigo aquí –una demanda de felicidad, de *happiness* como escriben algunos autores ingleses en su lengua, efectivamente, de eso se trata” (Lacan, 1995:348). El problema en relación con esa demanda del sujeto es que el psicoanalista no puede darle esa felicidad, pues no existe, es decir, no existe ese estado onírico del sin malestar que en el fondo anhela el sujeto, por lo que “Hacerse el garante de que el sujeto puede de algún modo encontrar su bien mismo en el análisis es una suerte de estafa”. De aquí que “No hay ninguna razón para que nos hagamos los garantes del ensueño burgués” (Lacan, 1995:361-362). Pues lo que el burgués quiere es una vida estable y rebosante de placeres, y hay que aceptarlo, para algunos es posible, lo que no sabemos es a qué precio...

Ocurre así que el psicoanálisis, al tomar como su eje la puntuación de lo real, propone un abordaje clínico basado en una paradoja: quiere hacer surgir en el sujeto una dimensión deseante de la cual el mismo sujeto no está al tanto, al menos no de manera consciente, al menos no en lo manifiesto de su demanda. De esta constante psicoanalítica se ha desprendido una acusación hacia el psicoanálisis mismo que sostiene que tal disciplina se dedica a forzar o amplificar el malestar de los sujetos, pues lejos de proponerles un alivio, los confronta con la angustia. Sin embargo, desde los inicios mismos del psicoanálisis, a través de la experiencia de Freud y de su legado

escrito, y más allá de las molestias que acarrea consigo el psicoanálisis con su empeño por retomar los aspectos que “no andan” de la vida, resulta evidente que si esos aspectos no se asumen a través de su verbalización y una acción concomitante, toda posibilidad de una cierta felicidad se perfila inasequible. Por lo demás, la palabra misma de los sujetos deja entrever que detrás de su demanda por ser feliz hay una demanda por devenir deseante. Un sujeto consulta no sólo al psicoanalista, sino a todo aquel que le supone un saber, no con la intención de que éste diga lo que se sabe, sino con la intención de que hable sobre aquello que radicalmente nadie sabe: el deseo inconsciente, o, siendo más claro, se le consulta para que diga cómo habría que vivir.<sup>5</sup> El psicoanalista, por tanto, tiene la consigna de estar alerta de que “No se lo consulta sobre lo que está al margen de un saber cualquiera, ya sea el del sujeto o el saber común, sino sobre lo que escapa al saber, precisamente, sobre lo que cada uno radicalmente no quiere saber” (Lacan, 1995:140).

Se entiende así un poco la fama bien ganada que tiene el psicoanalista lacaniano<sup>6</sup> de ser un tanto hosco, silencioso y poco complaciente con sus consultantes. Tal psicoanalista se ubica lejos de lo que Freud llamara “furor sanandis”, o sea, el psicoanalista lacaniano no tiene como objetivo principal de su despliegue ofrecer una cura, sino más bien posibilitar para el sujeto el lugar en el que él mismo se puede construir una cura a la altura de su singularidad, lejos de los almanaques de la tipología oficial que en diversas monografías pretende abarcar la totalidad de los deseos.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> Vale la pena aquí recordar una vez más qué entendemos por *deseo inconsciente* en el psicoanálisis: “Empleamos el concepto de deseo para nombrar un estado de insatisfacción fundamental en el sujeto. En eso, el deseo histérico es el deseo como tal, y la obsesión y la fobia son modalidades de la insatisfacción” (Miller, 2006:53).

<sup>6</sup> Señalo que me resulta pleonástico decir “psicoanalista lacaniano” pues desde mi perspectiva, evidentemente nada democrática, sólo una postura lacaniana del psicoanálisis desemboca, sin rebajar o tergiversar, en lo freudiano mismo; sin embargo, mantengo el adjetivo *lacaniano* para quienes todas las vertientes psicoanalíticas resultan lo mismo.

<sup>7</sup> Para una muestra de esas monografías nocivas para la singularidad deseante de los sujetos está el célebre DSM en sus diversas presentaciones, verdadera bomba enajenante de la práctica clínica que reduce a la categoría de técnico de la salud psíquica a quien de entrada tiene, o debería tener, la intención de escuchar al sujeto antes que clasificarlo. Es claro que

El psicoanálisis en sus pretensiones clínicas no está, por tanto, dentro de lo que se espera de toda terapéutica, es decir, no está dentro del ámbito de la salud mental. Para el psicoanálisis entre salud mental y enfermedad mental sólo hay matices. De aquí lo subversivo de un discurso que plantea que entre lo comúnmente conocido como sano y enfermo no hay discontinuidad, sino continuidad hilvanada por el grado de nitidez del síntoma. Por lo demás, es visible que toda clasificación que va de lo normal-sano a lo anormal-patológico responde más a intereses ideológicos y morales que a una postura estructural o ética. En suma, el psicoanalista

no es un trabajador de la salud mental. En cierto modo el secreto del psicoanálisis es que en él no se trata de salud mental. No se trata de salud mental por oposición a lo patológico médico. No se trata de la armonía del sujeto con su medio ambiente, con su organismo. Porque el concepto mismo de sujeto impide pensar la armonía del sujeto con cualquier cosa del mundo. El concepto de sujeto es, en sí, disarmónico con la realidad (Miller, 2006:71).

De afirmaciones como ésta, y de aquellas como las que he venido sosteniendo a lo largo del presente trabajo, las mentes menos propensas a la angustia y a la reflexión han supuesto que entonces, si no cura, el psicoanálisis no sirve para nada; si el psicoanálisis no propone una solución invariable al malestar de los sujetos y de sus sociedades entonces se reduce a un trabajo que, en el contexto mexicano, podemos decir que es sólo útil para “chingar”,<sup>8</sup> y de manera ejemplar, pues mentiras no produce, y las dice a través de un trabajo teórico sostenido en un espíritu crítico tanto conjetural como fáctico. Nada más alejado de la realidad, pues el psicoanálisis cura. El punto de

---

la utilización de herramientas como la citada supone un alivio que va dirigido no tanto para el sujeto que consulta, sino para el técnico que es consultado, pues ante la angustia de lo inédito de los casos y los obstáculos que plantean para su abordaje, siempre resulta re-confortante poder clasificar y de allí ofrecer los calmantes simbólicos o quísmicos para que, a su vez, el sujeto se calme.

<sup>8</sup> En un castellano más amplio podríamos entender el verbo mexicano “chingar” como “joder”.



equivocación que ha servido para su difamación es que de sus curas no puede sustraer una de carácter universal y terminante, pues la subjetividad de la que se ocupa y le preocupa, si bien contiene un lado determinista, también contiene uno de singularidad, es decir: una subjetividad se forma por el Otro, pero de esa formación resulta un deseo inédito. En adición, si el psicoanálisis no es ni un discurso de la bonhomía ni una terapéutica que proponga un bien cualquiera, es porque el sujeto está tatuado por una parte maldita cuya intención es borrar todo límite para su satisfacción, es decir, el hombre se revela como ser pulsional y bastante narcisista: no se guía por lo instintivo y suele quererse por sobre todas las cosas. Ambos fenómenos tienen como premisa su goce: aquello de lo más individual que, sin embargo, gesta lo grupal, así como todo discurso habido y por haber. No es disparate decir, pues, que el psicoanálisis es la única ciencia de lo singular de cada subjetividad. “Así, no es que el psicoanálisis no cura, es que el deseo del analista no puede ser definido a través del deseo de curar” (Miller, 2006:136), sino a través del deseo de hacer surgir la radical diferencia. Por lo tanto, el psicoanálisis cura de caer en la total determinación por y para el Otro, y por ello es que tajantemente señala que el sujeto es responsable de todo cuanto le pasa; si bien no es culpable de los factores desencadenantes, sí lo es siempre de los efectos que esas circunstancias tienen sobre él.

Si el psicoanálisis no aboga por una salud mental, es porque “La salud mental [...] no tiene otra definición que el orden público” (Miller, 2006:69). Lo que menos le preocupa al psicoanálisis es “el público” del sujeto, lo que aquél tendría que juzgarle a éste, sino lo que el sujeto tiene que decir en relación con sus lazos afectivos, políticos, en suma, lo que tendría que decir de sus relaciones públicas y privadas. Además, el “público” muchas veces es la coartada perfecta para la justificación de cualquier síntoma y para que de cualquier accionar ulteriormente en el sujeto no exista un asentamiento subjetivo y sí mucha complacencia.<sup>9</sup> Resulta que el sujeto comúnmente piensa

<sup>9</sup> “Por eso Lacan daba el consejo de rechazar, de la experiencia analítica, al canalla. ¿Qué es un canalla? Es alguien que se inventa siempre disculpas por lo que hace. Es, precisamente, alguien que se disculpa de todo. Otro ejemplo es la rectificación subjetiva” (Miller, 2006:73).

que su dolor es producto no de sus decisiones y no-decisiones, sino de la maldad y conveniencia del Otro, de tal forma que de allí a pensar en una tierra maniquea habitada por ángeles y demonios no se está lejos, así como de hacer caer todo devenir en la cuenta del destino.

Entonces, si “Una cosa que enseña la experiencia analítica es hasta qué punto un sujeto está perdido en el mundo, hasta qué punto está ubicado en un no saber esencial” (Miller, 2006:132) —entiéndase hasta qué punto desconoce sus determinismos y la singularidad que lo habita—, “Tal vez el camino de un análisis es poder asumir la responsabilidad de los actos en soledad” (Baudes de Moreno, 1995:72). Por ello es que el psicoanálisis no promete felicidad, sino una peculiar satisfacción guiada por el deseo personal del cual sólo el sujeto mismo es el responsable. De aquí que Lacan señale que “la única cosa de la que se puede ser culpable, a menos en la perspectiva analítica, es haber cedido en su deseo” (1995:379). En otras palabras: el sujeto se convierte en culpable al haber resignado su voluntad deseante en pro de una cierta estabilidad pública que lo conduce a perderse en la masa.

De aquí surge otra cuestión: si el sujeto tiene la tendencia a deshacerse de su responsabilidad y, con ella, de su deseo, es porque el deseo mismo contiene un talante de pena que siempre acompaña a su gloria. La pena de ese deseo, y lo que funciona como filtro de quienes pueden soportar un análisis y quienes prefieren pasar de largo, radica en que el deseo es trágico, pues, por un lado y de entrada, está falto de un objeto idóneo y, por el otro, en la búsqueda de su objeto suele ser no comprendido precisamente por el público con el que va a interactuar. De nuevo Lacan: “La ética del análisis no es una especulación que recae sobre la ordenanza, sobre la disposición, de lo que se llama el servicio de los bienes. Implica, hablando estrictamente, la dimensión que se expresa en lo que se llama la experiencia trágica de la vida” (1995:372).

No hay garantías para que haciéndose cargo de su deseo el sujeto sea feliz. Más bien habría que decir lo contrario: cuando se confronta con su deseo, el sujeto se posa frente a un vacío inconmensurable al que está llamado a responder sin la posibilidad de recurrir a un garante. Por esto es que para Lacan “la clínica no era sólo un tipo de medicina, sino la pregunta más radical en relación con la subjetivi-

dad” (Žižek citado por Chorne y Goldenberg, 2006:191). La clínica psicoanalítica es una clínica que atenta contra la ilusión neurótica que versa en que existe al menos un sujeto (Sujeto supuesto Saber), que mediante su sentido puede decir la verdad sobre el deseo, es decir, la experiencia psicoanalítica, “enseña que el sentido, más bien, obtura la castración. La operación analítica separa sentido y verdad, y es la fuga de sentido la que conduce a lo real” (Goldenberg citado por Chorne y Goldenberg, 2006:20).

Por esto, regresando a los primeros planteamientos del presente texto, el lugar del psicoanalista, lejos de sostenerse en la implementación de una identificación con su persona por parte del analizando, y lejos de caer en la actividad del hermeneuta que con su bagaje simbólico actúa como si tuviera la respuesta al enigma del deseo, se sostiene posicionándose hacia lo real.<sup>10</sup> Con mayor claridad: “Ser psicoanalista, es estar en posición, dentro de la cura, de recordar lo real” (Leclaire, 1971:40-41),<sup>11</sup> puesto que “*todo intento por reducir lo real-imposible, conduce a reproducirlo*” (Nasio, 1980:184).<sup>12</sup>

El psicoanálisis propone una clínica en la que impera una extravagancia materializada en que su abordaje consiste en que el sujeto debe de ir más allá del Nombre del Padre; aunque éste, por un lado, pone límites “al goce de la relación materna, que se hace necesario para no caer en la psicosis”, por otro lado, tiende a coagular la facultad deseante del sujeto. O sea: el sujeto en psicoanálisis está llamado a “atreverse a desafiar ese vacío que espera más allá de la ley” con la finalidad de dar su sentido a lo real que subyace en tal vacío (Baudes, 1995:105). A esto es a lo que desde el psicoanálisis podría llamársele auto-nomía, o sea, un nominar-se (llamar-se) que va más allá de la mera alienación con la demanda del Otro y que más bien apunta a reconocerse en ese orden simbólico, pero para ir un paso más lejos de lo que éste comanda (demanda), lo que constituye el paso hacia una separación apoyada en el deseo e impulsada por lo real.

<sup>10</sup> Así lo entiende Juan David Nasio cuando dice: “El lugar del analista es del orden de lo real” (Nasio, 1980:137).

<sup>11</sup> “Être psychanalyste, c’est être en position, dans la cure, de rappeler le réel.”

<sup>12</sup> “Tout effort pour réduire le réel-impossible aboutit à le reproduire.”

Así pues, el objetivo del análisis es que el sujeto advenga como sujeto ético, y “ético es quien sin ceder a la tentación de la Cosa (encuentro imposible), cede, haciendo insatisfecho el deseo que circula por la sustitución del Otro inhallable” (Gérez-Ambertín, 1993:269). Si el psicoanálisis retoma su concepción de lo real para proponer de allí una cura sui géneris, es en cuanto cura al sujeto de la ambición de sentido absoluto, así como lo cura de la esperanza de una redención de la castración propia y de la del Otro. Por lo tanto, al final de un análisis “sabemos pero no sabemos sobre todo lo que ignoramos y lo que ignoramos para siempre”. Esto, lejos de implicar la instalación de una impotencia imaginaria, es más bien “testimonio de la potencia del psicoanálisis pues discierne el límite de lo simbólico como imposible, lo imposible de decir como causa de todo lo que se dice o busca decirse” (Karothy, 2005:14). Es en ese espacio de imposible simbolización en donde puede hacerse un lugar el deseo singular del sujeto, espacio en donde algo del orden de lo inédito se puede inscribir y así apartar al sujeto de los determinismos culturales, de la inhibición, del síntoma que lo hace gozar hasta aferrarlo a la mano de la muerte y de la angustia a la que lo puede sumergir el vacío que señala la falta de un significante para significar su ser.

Se entenderá entonces que el silencio y la poca participación en la consejería por parte del analista en el desarrollo de un análisis se fundamentan en oponer todo poder sugestivo sobre el deseo del sujeto. El célebre silencio del analista lacaniano es un silencio que “escamotea incluso las respuestas concebibles y mantiene cualquier posibilidad suspendida en la total ausencia de reposo” (Bataille, 2000:71), en plena correlación a la renuncia de todo poder significativo que aliene lo más propio del sujeto, pues, como sabemos, el poder “inmoviliza, fija en un solo gesto –grandioso, terrible o teatral y, al fin, simplemente monótono– la variedad de la vida” (Paz, 1998:287). En todo caso, el único poder al que se invoca en un análisis es al poder de lo real, pues por paradójico que resulte: “el poder de lo real es el de poner un alto al poder” (Nasio, 1980:124).<sup>13</sup> Habría aquí que agregar que el silencio que promulga el psicoanálisis lacaniano, tan criticado

<sup>13</sup> “Le pouvoir du réel est de stopper le pouvoir.”

por parte de sus detractores, es una herramienta de la interpretación, tal vez sea la herramienta interpretativa por excelencia, dado que lejos de ser pasividad o esterilidad, el silencio en psicoanálisis es en sí un acto, un acto que “sacude lo real” (Nasio, 1980:142).<sup>14</sup>

Siendo así, la labor que se adjudica el psicoanalista es subversiva: intenta hacer brotar lo más particular de cada subjetividad fundamentada en una ética que se opone a la de la autoridad sabia (Lacan, 1995:142). Y si el psicoanalista se impone tal disciplina es porque sabe que el deseo sólo puede abrirse camino a través del amor, de un amor peculiar en cuanto es amor a la falta; como sabemos ya, el amor es aquello que no podría enseñarse ni mandarse. “Sí, el fin de análisis tiene que ver con el amor descarnado, sin objeto, absoluto, sin límites, sin espejismos de armonía o completud, fuera de la ley, a partir del deseo, allí donde sólo él, el amor, puede hacer que el deseo condescienda al goce” (Braunstein, 1999:244).

En este sentido, se puede equiparar el psicoanálisis a la mayéutica socrática, pues si bien no es partero de almas, sí lo es del deseo. Su importancia para nuestros tiempos me parece capital, ya que, hoy más que nunca, lo que rige el abordaje clínico del sujeto es que “los psicoanalistas se consagran a remodelar un psicoanálisis bien visto, cuyo coronamiento es el poema sociológico del yo autónomo” (Lacan, 2005a:503). De manera más coloquial, y para terminar: la mayoría de los psicoanalistas de hoy en día, los psicólogos y los psiquiatras, dedican su práctica a la erradicación del deseo, simple y llanamente: a la negación de lo real; y por ese camino, se sepa o no, se asuma o no, hay un tendencia cada vez más grande por suturar, suprimir, cosificar al sujeto. Tal tendencia diseca los poderes de toda auto-nomía fundamentada en la singularidad deseante.

<sup>14</sup> “Secoue le réel.”

## Bibliografía

- Bataille, Georges (2000), *Lo imposible*, Ediciones Coyoacán, México.
- Baudes de Moreno, M. (1995), *Real, simbólico, imaginario. Una introducción*, Lugar Editorial, Buenos Aires.
- Braunstein, N. (1999), *Goce*, Siglo XXI, México.
- Chorne, D. y M. Goldenberg (comps.) (2006), *La creencia y el psicoanálisis*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Gérez-Ambertín, M. (1993), *Las voces del superyó*, Manantial, Buenos Aires.
- Karothy, H. R. (2005), “La escritura”, *Contexto en psicoanálisis*, núm. 9.
- Lacan, Jacques (1973), *Les Quatre Concepts fondamentaux de la psychanalyse. Le Séminaire livre XI (1964)*, Seuil, París.
- \_\_\_\_ (1983), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 2. El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Paidós, Buenos Aires.
- \_\_\_\_ (1995), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 7. La ética del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires.
- \_\_\_\_ (2005a), “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud” en *Escritos*, vol. 1, Siglo XXI, México.
- \_\_\_\_ (2005b), “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis”, en *Escritos*, vol. 1, Siglo XXI, México.
- \_\_\_\_ (2006), *El triunfo de la religión. Precedido de Discurso a los católicos*, Paidós, Buenos Aires.
- Leclaire, S. (1971), *Démasquer le réel. Un essai sur l'objet en psychanalyse*, Seuil, París.
- Marillion (1985), *Misplaced Childhood*, EMI Records, Reino Unido, [CD].
- Miller, J. A. (2006), *Lógicas de la vida amorosa*, Manantial, Buenos Aires.
- Nasio, Juan David (1980), *L'inconscient á enir*, Christian Bourgois, París.
- Paz, Octavio (1998), *El arco y la lira*, Fondo de Cultura Económica, México.